

CAPÍTULO IX.

1782—1783.

CONCLUSION DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA.

Actos del Parlamento.—Mr. Oswald es enviado á París.—El general Carleton marcha á los Estados-Unidos.—Proyectos para celebrar un tratado de paz.—Washington activa los preparativos para otra campaña.—Cuestion financiera.—El capitán Huddy.—Se propone á Washington proclamarle rey.—Su contestacion.—Operaciones militares.—Reduccion de ejército.—Descontento de los oficiales y soldados.—Asuntos del Sur.—Operaciones del general Greene.—Marcha de las tropas francesas.—Causas del descontento é irritacion del ejército.—Franklin, Jay y Adams tratan de negociar la paz.—Su política.—Quejas del conde de Vergennes.—Petición de los oficiales al Congreso.—Los manifiestos de Newburg.—Noble conducta de Washington.—Crisis peligrosa.—Washington defiende la causa del ejército.—Cesacion de las hostilidades.—Motin en Pennsylvania.—La sociedad de los Cincinnati.—Carta-circular de Washington.—El tratado definitivo de paz.—Dispersion del ejército.—Despedida de Washington.—Evacuacion de Nueva-York.—Washington marcha con los oficiales.—Resigna el mando.—Escena imponente.—Apéndice al capítulo IX.—Hombres y épocas de la revolucion por Watson.—Los manifiestos de Newburg.—Manifiesto de Washington á los oficiales del ejército.—Carta-circular de Washington á los gobernadores de los Estados.

Cualquiera que fuese la opinion general en Inglaterra acerca de los últimos sucesos de la guerra en América, es lo cierto que la rendicion de Cornwallis y su ejército probó hasta la evidencia que los Estados-Unidos no se someterian nunca por la fuerza. Tanto el ministerio como el pueblo estaban asombrados, y bien pronto dominó el convencimiento de que la lucha seria infructuosa, perdiéndose toda esperanza de obtener de ella el menor resultado.

El Parlamento se abrió el 27 de noviembre de 1781, y aunque el rey en el discurso de la Corona insistió con su característica obstinacion en que era necesario proseguir vigorosamente la guerra, y aun cuando ambas Cámaras apoyaron al monarca, fueron no obstante muy animados los debates, y la opinion popular se mostró contraria á semejante medida. El 22 de febrero, despues de cerrado el Parlamento, el

general Conway elevó una esposicion al monarca pidiendo no se continuase la guerra con América, proposicion que aunque desechada por un solo voto se volvió á presentar pocos dias despues. El dia 4 de marzo la Cámara de los Comunes dictó el siguiente acuerdo: «Esta Cámara considerará como enemigos del monarca y del pais á todos aquellos que aconsejaren ó intentaren adoptar alguna medida para que no se prosiga la guerra en el continente de la América del Norte.» Ante semejante declaracion, no era posible que el ministerio continuase en el poder, y el dia 19 Lord North y sus compañeros dimitieron sus respectivos cargos, formándose inmediatamente un nuevo gabinete en el que se nombró al marqués de Rockingham lord de la tesorería y al conde de Shelburne y á Mr. Fox secretarios de Estado. Poco despues del nombramiento, los nuevos ministros mandaron á Francia á Mr. Os-

wald para averiguar en qué sentido se pronunciarian tanto aquel gabinete como el Dr. Franklin respecto á la cuestion de la paz. En una conferencia que celebró el conde de Vergennes con aquel diplomático, díjole que Francia estaba dispuesta á celebrar la paz, mas que no podia hacer nada sin el consentimiento de sus aliados, y que deseaba se reuniese un congreso en París á fin de tratar sobre tan importante asunto. Hacia el 18 de abril el agente británico regresó á Londres y el 4 de mayo volvió á Francia con el consentimiento del gabinete inglés para que se negociase la paz en París.

Una de las primeras medidas del gabinete inglés fué nombrar á Sir Guy Carleton comandante en jefe en América en reemplazo de Sir Enrique Clinton, autorizando al almirante Digby para negociar la paz, siendo el principal objeto de esta medida persuadir si era posible al Congreso á entrar en negociaciones sin la intervencion de los aliados. Carleton llegó á Nueva-York á principios de mayo, y habiendo manifestado á Washington de qué mision iba encargado por su gobierno en union del almirante Digby, pidió un pasaporte para su secretario que era portador de ciertos despachos dirigidos al Congreso. El comandante en jefe pasó la comunicacion á dicho cuerpo; pero como el decreto que autorizaba al monarca para celebrar la paz no se habia declarado ley; como no habia seguridad de que los comisionados estuviesen autorizados suficientemente para estipular otras condiciones que las ya desechadas; como el Congreso abrigaba sospechas de que los ofrecimientos del gabinete británico tenian por objeto inspirar confianza al pais á fin de poderle atacar luego con probabilidades de éxito, y como se habia resuelto en fin no celebrar ningun tratado separadamente, el Congreso rehusó espedir el pasaporte.

Temiendo Washington que el pais confiara demasiado en sus fuerzas á consecuencia de la última victoria obtenida en Virginia sobre los ingleses, recomendó eficazmente que se hicieran preparativos para otra campaña. «Sea cual fuere la política de las potencias europeas, fueron sus palabras, no podemos depender de sus negociaciones ni confiar ciegamente en ellas, y el buen criterio aconseja que nos preparemos á la guerra, porque de este modo estaremos prevenidos para lo que pueda ocurrir.» Siguiendo el Congreso el consejo de Washington, cuando se hallaba en Philadelphia, acordó inmediatamente por unanimidad que se adoptaran medidas para reunir dinero y auxilios, resolviéndose desde luego conservar los establecimientos militares del año anterior y reclamar con tiempo á los respectivos Estados sus contingentes de tropas. Asimismo se encargó al comandante en jefe que escribiera dos cartas circulares á los gobernadores, las cuales se circularon á fines de enero 1782. y contenian argumentos y exhortaciones perfectamente espresados para escitar á dichos funcionarios á que redoblasen sus esfuerzos en pro de la causa comun.

Segun habia sucedido ya en otras ocasiones, Washington tuvo el disgusto de ver que no producian resultado alguno sus esfuerzos. Las legislaturas declararon que sus constituyentes se veian en la imposibilidad de pagar impuestos; en vez de llenar las arcas del tesoro continental, algunas buscaban medios para sacar dinero, y otras que espedian anteriormente decretos creando impuestos gravosos, dijeron que antes que todo era preciso cubrir las atenciones del Estado y que solo se daria el residuo al recaudador continental. Aun cuando por las prudentes medidas de Morris, se habian disminuido en gran manera los gastos públicos, eran aun necesaria-

mente muy crecidos, y debían serlo aun-
mas cuando faltasen medios para cubrirlos.
A principios de 1782 no quedaba ni un solo
duro en las arcas del Tesoro, y entonces,
según dice Marshall, «todas las miradas,
todas las reclamaciones de los acreedores se
dirigieron al hacendista, y en vez de inculpar
á los gobiernos de los respectivos Estados, sobre
él recayeron las quejas é imprecaciones
de los que no veían satisfechas sus deman-
das.» Deplorando Morris profundamente la
ingratitude de su país, resolvió sin embargo
no abandonar la causa del pueblo, y al comu-
nicar á Washington la desagradable noti-
cia de que el impuesto que debía recaudarse
en Julio no se cobraría hasta diciembre, aña-
dia lo que sigue: «Ante tan triste porvenir
me veo en la precision de permanecer aquí,
asediado por las quejas y reclamaciones de
unos y otros, teniendo el disgusto de ver que
mis esfuerzos y sacrificios se recompensan
ahora con invectivas y denuesos. Apenas
pasa un día en que no me den tentaciones
de resignar en el Congreso los poderes de
que me revistieron, librándome así de la pe-
sada carga que me agobia. No lo hago por-
que comprendo con cuántas dificultades tengo
que luchar, y aunque solo Dios sabe el re-
sultado de mis esfuerzos, conozco que dejar
ahora el puesto que ocupo sería una verda-
dera calamidad. Os confieso ingénuamente
cuál es mi situación y mi modo de pensar
porque he sufrido ya tanto, que á no dudar-
lo simpatizareis en esto conmigo.»

Hacia mediados de abril, Washington
dejó á Philadelphia y fué á reunirse con el
ejército que se hallaba en su cuartel gene-
ral de Newburg, donde se le informó que
algunos refugiados de Nueva-York, acaba-
ban de cometer una iniquidad que
1782. exigía una satisfaccion. Hé aquí lo
que habia pasado: el capitán Huddy que

mandaba un cuerpo de tropas en el conda-
do de Mohmouth, en Nueva-Jersey, fué ata-
cado por una partida de refugiados que le
cogieron prisionero, arrojándole luego en
un calabozo en Nueva-York, de donde le
sacaron despues para ahorcarle, habiéndole
puesto antes en el pecho un cartel, el
cual decia que se le condenaba á muerte
para vengar la que habian sufrido algunos
de los suyos pocos días antes. Washington
fijó seriamente su atencion en este asunto,
consultó con sus oficiales, dió cuenta de
ello al Congreso, y escribió luego á Clin-
ton pidiéndole fuese entregado el capitán
Lippencot, autor de aquel horrible crimen.
Como quiera que se negase la demanda, y
de acuerdo con el parecer del consejo de
oficiales, se resolvió tomar la represalia, á
cuyo efecto echáronse suertes entre los pri-
sioneros, y un oficial inglés de igual gra-
do que el capitán Huddy, llamado el capi-
tán Asgill, jóven de diez y nueve años, é
hijo único, fué el designado para expiar el
crimen del capitán Lippencot. Este asunto
estuvo en suspenso algunos meses, pues si
bien Clinton y su sucesor Carleton repro-
baban altamente el acto de Lippencot, no
le entregaban porque el consejo de guerra
manifestó que habia obrado en virtud de
las órdenes de la Junta de realistas asocia-
dos de Nueva-York. Muchos se interesaron
para salvar la vida de Asgill; su madre fué
á pedir gracia al conde de Vergennes, quien
escribió á Washington intercediendo en su
favor, y al fin, á principios de noviembre,
el comandante en jefe americano tuvo el
grato placer de poner en libertad al capi-
tán Asgill. Los contingentes de tropas de
los diversos Estados, no se cubrieron con
prontitud, según esperaba Washington.
Cansado de tantos padecimientos y priva-
ciones, el pueblo rehusaba hacer nuevos sa-

crificios al saber casi con seguridad que la
guerra iba á concluir muy pronto. Was-
hington trató de combatir la apatía de los
Estados por medio de una carta-circular,
mas no consiguió nada. Por otra parte el
descontento de los oficiales y soldados con
motivo de los atrasos que se les debían, iba
aumentando cada día mas, y reflexionando
sobre su aflictiva situación, meditaron un
acto que debía causar á Washington un do-
lor profundo. Reconociendo cuan incapaz
era el Congreso para gobierno y desespere-
rando sin duda de dar á este la forma re-
publicana, se pensó que el único modo de
constituir una autoridad efectiva en el Es-
tado era revestir de aquella á un solo hom-
bre. Un coronel del ejército se encargó de
comunicar esta opinion al comandante en
jefe, el cual recibió á poco una carta muy
bien redactada en la que despues de exa-
minar la situación de los negocios públicos,
poniendo en relieve los defectos de la orga-
nización política, se hacían proposiciones al
noble patriota que habia estado tanto tiempo
á la cabeza del ejército. Hé aquí cómo ter-
minaba la carta: «Esto debe haber demos-
trado á todos, y á los militares en particular,
cuánta es la debilidad de las repúblicas, y
cuántos los esfuerzos que ha hecho el ejér-
cito cuando estuvo bajo las órdenes de un
hombre entendido é inteligente. En este ca-
so, es indudable que el hombre que vencien-
do obstáculos, al parecer insuperables, ha sa-
bido conducirnos por la senda de la victoria
de triunfo en triunfo, obteniendo el universal
aprecio y veneracion de un ejército, sería
también el mas á propósito para guiarnos en
tiempo de paz. Algunos han relacionado de
tal modo las ideas de tiranía y monarquía
que les parece muy difícil pueda existir una
cosa sin otra, y por lo tanto acaso fuera con-
veniente dar á la cabeza del gobierno que

yo propongo un título en la apariencia mas
moderado; mas si se pudiesen conciliar los
extremos, creo sería fácil presentar fuertes
argumentos para que se admitiera el título
de REY, con lo cual se obtendrían en mi con-
cepto algunas ventajas materiales.»

La contestacion de Washington á esta
carta estaba concebida en los siguientes
términos.

«Newburg, 22 de mayo, 1782.

» Señor:

» Con la mayor sorpresa y asombro he lei-
do atentamente el contenido de vuestra car-
ta, y puedo aseguraros que nada de lo ocur-
rido en el transcurso de la guerra me ha
causado tanta afliccion, como el saber que el
ejército abunda en las ideas que acabais de
comunicarme, ideas que repruebo severa-
mente. Por esta vez á nadie daré conoci-
miento del hecho, y guardaré el secreto re-
ligiosamente, á menos de que suscitándose
de nuevo esta cuestion me vea precisado á
descubrirlo.

» No acierto á esplicarme cómo puede haber
dado lugar mi conducta á que se me haga
una proposicion que en el caso de ser acep-
tada ocasionaria males sin cuento á mi país.
Seguramente no podriais haber encontrado
una persona á quien fuera mas desagradable
vuestra proposicion, pero al mismo tiempo,
debo confesar que ningun hombre desea mas
sinceramente que yo hacer justicia al ejérci-
to, y que en cuanto lo permitan mis medios é
influencia, consagraré todos mis esfuerzos á
conseguir dicho objeto si se presentare una
ocasion oportuna. En este caso permitidme
aconsejaros, que por consideracion á vuestro
país, á vos mismo y á la posteridad, ó por res-
peto hácia mí, desecheis esas ideas, teniendo
especial cuidado de no comunicarlas á nadie.

» Vuestro afectísimo, etc.

» JORGE WASHINGTON.»

¡Dura y merecida reprensión! Cualesquiera que fuesen los motivos que indujeron á obrar así á los que hicieron la proposición á Washington, es evidente que la rectitud é integridad del jefe americano eran incorruptibles, y que no quería sobreponer á consideraciones personales el amor profundo que profesaba á su patria. Después de lo ocurrido, ya no se trató mas de inducir al eminente ciudadano á que aceptase semejante oferta.

Con un ejército de solo diez mil hombres, Washington no podía continuar las operaciones militares aunque lo hubiese querido, y por consiguiente, se pasó el verano sin hacer nada en el Norte (*). Sir Guy Carleton permaneció por su parte tranquilo en Nueva-York, pareciendo por lo tanto que la lucha había terminado. A principios de agosto Carleton y Digby manifestaron al comandante en jefe que ya se estaba negociando la paz en París; que se reconociera la independencia de los trece Estados-Unidos, que Mr. Laurens se hallaba en libertad, y que se iban á espedir pasaportes á los americanos detenidos hasta entonces como prisioneros de Inglaterra. Poco después se recibió otra carta de Carleton, declarando que no veía motivo alguno para continuar la lucha y que por lo tanto desaprobaba se persistiera en las hostilidades por mar ó por tierra, que en su concepto no darian mas resultado que aumentar la miseria de muchas personas sin la menor ventaja para ninguna de ambas naciones. El jefe inglés añadía que en prueba de su sinceridad acababa de prohibir se destacasen partidas de

1782.

(*) El 20 de junio de 1782 acordó el Congreso que en el Gran Sello de los Estados-Unidos figurase el águila americana con una rama de olivo en una de sus garras, un manojo de trece flechas en la otra y en el pico un rollo de pergamino con la conocida divisa E. PLURIBUS UNUM.

indios contra las fronteras de los Estados-Unidos, llamando al mismo tiempo á los que se hallasen en aquellas. Estas comunicaciones despertaron al parecer ciertas sospechas en el embajador francés en América, y á fin de tranquilizarle, el Congreso aseguró de nuevo «que no trataría acerca de la paz sin obrar de comun acuerdo con S. M. cristianísima.»

Será oportuno consignar aquí que al ser aprisionado Enrique Laurens, Juan Adams pasó á Holanda en clase de ministro plenipotenciario á fin de negociar un empréstito. Después de muchas dilaciones, se le recibió al fin oficialmente y las Provincias Unidas reconocieron en 19 de abril la Independencia de los Estados-Unidos de América. Esta fué la segunda potencia que lo hizo. Mr. Adams (*) concluyó un tratado de amistad y comercio á principios de octubre y pudo también negociar el empréstito en favor de su país.

La brillante victoria obtenida por Rodney sobre el conde de Grasse el 12 de abril, aseguraba la posesión de las islas de la India Occidental inglesa, lo cual hizo sospechar que acaso se retardarían las negociaciones para la paz, ya que no se renovarían las hostilidades. Bien fuera porque se trataba de reducir el ejército ó por la culpable negligencia de los Estados, ello es que no se buscaron medios para pagar á los oficiales y á las tropas, y tanto es así que con dificultad se obtenía lo preciso para atender á la subsistencia diaria del ejército. En una carta confidencial dirigida al secretario de la guerra, Washington, después de manifestar que no dudaba que muchos se retirarían del servicio si se les pagaban sus atrasos, añadía lo siguiente: «No puedo menos de temer

(*) Véase la *Vida y obras de Juan Adams*, vol. 1, páginas 348-53.

las consecuencias de reducir el ejército, al ver una porción de hombres que aguijoneados por los recuerdos del pasado y pensando en el porvenir, van á lanzarse en el mundo, quejándose de lo que ellos llaman la ingratitud del público, acosados de deudas, y sin llevar un cuarto á sus casas, después de haber gastado la flor de su vida, ya que no su patrimonio, en asegurar la libertad é independencia de su patria, esponiendo continuamente sus vidas. Lo repito: al pensar en tan irritantes circunstancias, y en que no habrá nada que dulcifique el amargo resentimiento de esos hombres, ni que ilumine su oscuro porvenir, no puedo menos de temer una serie no interrumpida de calamidades.

»No quiero trazar un cuadro mas sombrío, aun cuando bien pudiera hacerlo citando ejemplos de desinteresado patriotismo y aflictivas situaciones sin paralelo en la historia de la humanidad; pero creedme; la paciencia y largos padecimientos de nuestro ejército, han llegado al último límite y nunca predominó como ahora el espíritu de descontento. Mientras las tropas se hallen en el campamento podrá impedirse que estalle su resentimiento, pero cuando nos retiremos á cuarteles de invierno; á menos que se conjure la tormenta, no puedo menos de temer las consecuencias. Ya es hora de que vivamos en paz.» Según veremos, no eran infundados estos temores, y por lo tanto podremos apreciar el desinteresado patriotismo del comandante en jefe.

Aunque la ociosidad que predominaba en el Norte se comunicó en cierto modo al ejército del Sur, lleváronse no obstante á cabo algunas empresas hostiles contra el enemigo. El general Saint Clair que conducía un refuerzo desde Yorktown al Sur, llegó al

cuartel general de Greene á principios de enero. Este jefe había recibido orden de atacar el fuerte Wilmington, pero la guarnición inglesa lo evacuó antes de la llegada del enemigo y el jefe americano pudo ocuparlo sin oposición.

Saint Clair no encontró ya mas enemigos, pero de tal modo había disminuido el número de sus soldados á consecuencia de una penosa marcha, que las fuerzas que mandaba apenas bastaron para cubrir en el ejército de Greene las bajas de aquellos que terminaban su servicio el día último de diciembre. Sin embargo, por debilitado que se hallase el ejército del Sur, apenas hubo llegado Saint Clair, Greene destacó al general Wayne en dirección á Santee para proteger el Estado de Georgia, y entonces el general Clarke, jefe de las tropas inglesas de aquella provincia, concentró en el Savannah sus fuerzas que ascendían á unos mil hombres de tropas regulares además de la milicia. En tanto que Wayne vigilaba á los ingleses, vióse atacado repentinamente en la noche del 23 de junio por una numerosa partida de indios de la tribu de los Creeks, y solo el arrojo y valor de sus soldados pudo salvarle de una completa derrota. El encarnizado combate que tuvo lugar, puede decirse que puso fin á la guerra en Georgia, pues el enemigo abandonó á Savannah el 11 de julio, y Wayne volvió á reunirse con el general Greene.

Como quiera que el descontento había llegado á su colmo á consecuencia de las dificultades que ofrecía el suministro de víveres, las tropas de Pennsylvania, entre las que había entonces muchos extraños, se dejaron dominar de tal modo por el resentimiento, que tomaron parte con el enemigo en una conspiración cuyo objeto era apoderarse del general Greene y entregarlo á un desta-